

Para los dirigentes de los países del Centro y el Este de Europa, el gran objetivo inmediato era la homologación con los países occidentales, en especial con los europeos. Para llevar a cabo esta homologación en el terreno económico, la mayor parte de los debates sobre la transición económica desde una economía planificada a una economía de mercado se han centrado en el dilema entre el planteamiento gradualista y el **big bang** (terapia de choque), recomendado por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y equipos asesores de Harvard. Los defensores del big bang argumentaban que, puesto que los componentes de una economía planificada están interconectados, una reforma gradual estaba condenada al fracaso y que la reforma rápida era el único camino para alcanzar la eficiencia sin pérdidas, retrasos y marchas atrás.

En cambio, los defensores del planteamiento gradualista han sostenido que una mejora económica sustancial sólo sería posible a través de reformas parciales, sucesivas y bien diseñadas y de un aprendizaje progresivo, poniendo de relieve las limitaciones y consecuencias políticas de las reformas bruscas. En este sentido, se argumentó que la política de estabilización macroeconómica junto con el abandono total del sistema de planificación podría causar una reducción de la producción, que una liberalización plena podría hundir los salarios y el consumo y que un decreciente nivel de vida podría dar lugar a marchas atrás debido a una falta de apoyo socio-político a las reformas.

Han mantenido que el big bang es técnicamente imposible, ya que requiere un adecuado conocimiento de los precios de forma inmediata y esto es justamente lo que necesitaba la economía planificada y no pudo conseguirlo. Asimismo, también se destacó la importancia de un marco legal estable, que no podría ser creado rápidamente, así como la importancia de satisfacer adecuadamente las necesidades de un sistema en evolución.

Como se ha anticipado, mientras que la reforma en China se hizo de una forma gradual, consistente en una serie de pequeñas explosiones controladas que han permitido el cambio minimizando el riesgo de inestabilidad, la Unión Soviética y Europa del Este fueron más atraídas por big bang u otros planteamientos irregulares. Los dos aspectos más relevantes del big bang son la rápida liberalización de los precios y la privatización de las empresas públicas.

Por un lado, a diferencia de China, en que los precios se liberalizaron de forma gradual, el big bang de los países del Este supuso una **liberación rápida de los precios**, lo que en un contexto de una escasez de suministros típica del socialismo condujo directamente a la hiperinflación. La liberación de precios de Polonia produjo índices de inflación por encima del 2.000% durante los últimos cuatro meses de 1989. La Unión Soviética experimentó una tasa de inflación del 91% en 1991 y de alrededor del 2.000% en el 1992, así como una fuerte depreciación de su moneda. Las consecuencias sociales de dicha coyuntura fueron importantes: por ejemplo, en junio de 1992 las explotaciones agrícolas soviéticas sufrieron una seria crisis debido a que los equipos que necesitaban costaban setenta veces más de lo que el año anterior, mientras que el precio de la leche aumentó sólo siete veces. La elevada inflación ahuyentó tanto las inversiones nacionales como las extranjeras, minando el potencial de crecimiento económico. Además, la inflación ocasionó quiebras innecesarias.

Por otra parte, se emprendió una rápida **privatización** en algunos países del Este. Josez M. Van Bravant señala que la mayor parte de actuaciones han revestido la forma de pequeñas

privatizaciones, exagerándose a menudo la extensión real de la desposesión última. Sin embargo, el sector público, que generaba el 75%-95% del PIB en las economías de tipo soviético, ha reducido su peso a porcentajes cercanos al 30%, lo que muestra la rapidez de la transición y, más concretamente, de la privatización.